

Exilio y liberalismo internacional, 1814-1833. Una propuesta de interpretación.

Juan Luis Simal (UAM)

En este texto propongo un estudio de la evolución del liberalismo como un fenómeno transnacional, a partir del estudio del fenómeno del exilio político. La hipótesis de partida es que la dimensión internacional fue fundamental para el desarrollo de una identidad liberal común europea (y mundial), en pugna con una contrarrevolución que también acudió a argumentos universalistas. En esta elaboración fueron decisivas las dinámicas surgidas alrededor del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, caracterizado por la violencia, la insurrección, la guerra civil, la intervención militar, la represión y el exilio.

El poeta liberal español Quintana –en la obra en que reunió las cartas sobre el Trienio constitucional que había escrito a Lord Holland, una de las personalidades europeas más interesadas y comprometidas con la España del primer tercio del siglo XIX— escribió: “la causa del rey de España está enlazada con la de los demás reyes de Europa, y la de nuestros liberales con la de todos los liberales del mundo”¹. Para Quintana, así como para su interlocutor y los referidos “liberales del mundo”, esta afirmación no suponía una exageración, aunque el empleo de retórica de este tipo reforzaría la convicción que muchos de ellos compartían de que una lucha universal entre revolución y contrarrevolución definía la política del mundo en el que vivían, y no solo la de sus países respectivos. En realidad, esta rígida dicotomía no reflejaba la variedad de posiciones que existían en el interior tanto del bando liberal como del tradicionalista –sin ir más lejos, Holland consideraba la constitución española demasiado radical— pero la dinámica política del momento –marcada la violencia y por visiones conspirativas de los acontecimientos y de la historia— hacía que este tipo de discursos se impusieran en la opinión pública internacional, y que tuvieran importantes consecuencias en la definición de las identidades políticas. La oposición a la contrarrevolución, movilizó a las fuerzas e intereses reformistas europeos, que veían en los avances liberales o retrocesos reaccionarios de sus propios países una expresión de un enfrentamiento similar a nivel europeo, que una vez en el exilio experimentarían en sus propias carnes. El exilio favorecería la profundización de los contactos ideológicos,

¹ *Cartas a lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, Madrid, Rivadeneyra, 1853, p. 300.

el impulso a las transferencias políticas y culturales, y la invención definitiva de una causa común internacionalista liberal, que abriría grandes esperanzas.

1 El exilio en la Restauración

Desde el inicio de la revolución francesa, Europa se plagó de exiliados de todo signo y condición. Desde labradores analfabetos hasta reyes, emperadores y papas, todos pasaron por la experiencia del exilio. La vuelta de los príncipes absolutistas tras la derrota de Napoleón, la recuperación de las potencias reaccionarias europeas, la creación de la Santa Alianza, la formación del sistema europeo de Congresos, y la represión con la que respondieron a la pervivencia de sectores revolucionarios o únicamente descontentos, provocó que muchos de ellos se vieran obligados a abandonar sus países de origen para buscar refugio en aquellos lugares en los que las circunstancias políticas se adecuaban a sus ideales, o en los que, simplemente, podían cobijarse. Durante la Restauración hubo exiliados procedentes de todos los países donde se intentó un retorno al Antiguo Régimen, es decir, prácticamente en toda Europa: Francia, Italia, Alemania, Polonia, Portugal, o España. El exilio afectó prácticamente a todos los países europeos, ya fuera como receptores o emisores de emigrados, y fue un lugar central en la formación y extensión del liberalismo. Una generación de liberales se vio obligada a exiliarse.

Durante la Restauración se generó una diáspora que resultó instrumental en la creación y extensión de una identidad común liberal europea. Hubo cuatro grandes olas de emigración política: la primera en 1814-1815, que llevó al exilio a los liberales y afrancesados españoles, así como a un gran número de bonapartistas de todas las nacionalidades. Una segunda se dio en 1820-1821, y afectó a aquellos que tuvieron que salir de Nápoles y Piamonte tras la intervención austriaca, y de Francia tras el fracaso de sus proyectos insurreccionales. Muchos de ellos se refugiaron en España. La tercera se produjo tras la invasión francesa de España en 1823. La cuarta, tras la represión de las revoluciones de 1830 en Italia, Polonia y Alemania.

Pero también hubo exiliados entre las filas de la contrarrevolución, que tuvieron que abandonar sus países cuando los liberales accedieron al poder, como Luis XVIII y su corte durante los Cien Días, Miguel de Portugal y sus 6.000 partidarios que en 1826 encontraron refugio y apoyo en la España de Fernando VII, o los realistas españoles que

durante el Trienio Constitucional usaron el sur de Francia como campo de organización para las milicias absolutistas y de voluntarios reales que amenazaron la monarquía constitucional española en 1822-1823. Esa misma zona recibió en 1827 a exiliados de la revuelta de los *agraviados*. Asimismo, las guerras civiles de la década de 1830 en Portugal y España tuvieron una importante dimensión internacional.

El término “exiliado político” es complejo de delimitar. Andreas Fahrmeir ha ofrecido una definición útil: “political refugees are people who commit acts or subscribe to opinions which are considered criminal in their own country, but held to be legal (or even laudable) in the country which considers them refugees”². Esta definición tiene la virtud de referirse no sólo a las causas del exilio en el país de origen, sino de subrayar que el exilio es un hecho que resuena también en el país receptor, que con su contexto político particular y las expectativas de su sociedad respecto a los refugiados que recibe, condiciona y modifica la actitud y los proyectos de futuro de estos. En esta línea que resalta el dinamismo del encuentro, es también necesario tener en cuenta que, como recuerda Sylvie Aprile, “entrer en exil, ce n’est pas seulement franchir une frontière, c’est entrer aussi dans de nouvelles communautés d’hommes et de femmes, se confronter aux « autres » habitants et autorités des pays d’accueil, c’est enfin se créer une mémoire, un imaginaire, des rites et une morale”³.

La cuestión de la intervención (cuya doctrina quedó establecida en la conferencia de Troppau en noviembre de 1820) marcó la evolución de la política europea de la Restauración. La intervención de las potencias absolutistas para forzar la caída de los regímenes liberales de España, Nápoles y Piamonte fijó en los sectores antiabsolutistas europeos la convicción de que únicamente una contraintervención podía salvar al movimiento liberal internacional, identificado con el progreso y la civilización. En este contexto, el éxito de un movimiento liberal nacional tendría repercusiones en el resto del mundo. Surgió así un movimiento que convirtió en una sola la causa de los liberales españoles, portugueses, italianos, franceses y de los independentistas iberoamericanos, pero también la de los pueblos sometidos directamente a las potencias de la Santa Alianza, como demostraban los decembristas rusos, o a los despotismos orientales, como los griegos que buscaban la separación del imperio otomano. A lo

² Andreas FAHRMEIR, “British exceptionalism in perspective: Political Asylum in Continental Europe”, en Sabine Freitag (ed.), *Exiles from European revolutions. Refugees in Mid-Victorian England*, Berghahn Books, 2003, Nueva York-Oxford, p. 33.

³ Sylvie APRILE, *Le siècle des exilés. Bannis et proscrits de 1789 à la Commune*, París, CNRS, 2010, p. 12.

largo de la década de 1820 se multiplicaron los intentos de forzar la caída de las monarquías reaccionarias europeas. El ciclo revolucionario iniciado con la revolución francesa de 1830 supuso el gran triunfo liberal tras casi una década de continuo retroceso, y tuvo importantes repercusiones en la geografía del exilio. La represión de las revoluciones de 1830 en aquellos lugares en los que se intentó replicar el ejemplo francés –todas fracasadas menos la belga— provocó una gran cantidad de nuevos exiliados polacos, alemanes e italianos, además del traslado de miles de refugiados que se encontraban en Gran Bretaña a Francia y Bélgica, que con sus nuevos regímenes liberales auspiciaban un mejor acogimiento, e incluso despertaban ilusiones de ayuda y de esperanza para el triunfo de la revolución liberal en toda Europa.

2 Una perspectiva transnacional para el estudio del exilio y del liberalismo

El estudio del exilio demanda una perspectiva transnacional. El exilio no debe entenderse como un fenómeno particular de un país, ni su estudio debe limitarse a la experiencia del exilio individual o colectivo, o a las consecuencias que ese exilio tiene para el Estado-nación de origen. El hecho de que el exilio no funciona en un solo sentido sino que repercute tanto en el exiliado como en los que lo acogen, ha sido ya señalado desde diversas disciplinas sociales. Pero también se debe tener en cuenta que los países de emisión de exiliados también se convirtieron en ocasiones en países de recepción (y viceversa), y, sobre todo, que el exilio raramente afectó solo a un Estado-nación simultáneamente (desde luego, no fue así durante la Restauración y el resto del siglo XIX), sino que fue más allá de las relaciones bilaterales entre países de acogida y países de emisión, para multiplicarse en varias dimensiones en las que los exiliados entraron en contacto con exiliados de otros países, generalmente en un tercer país que les acogía. Además, algunos de esos exiliados ya lo habían sido previamente en el país del que procedían sus compañeros de exilio. Estas consideraciones despliegan un abanico de vínculos, conexiones, interacciones, articulaciones, evoluciones y procesos que solo es posible abarcar desde una óptica transnacional.

En el movimiento revolucionario general de la primera mitad del siglo XIX, que llevó a las revoluciones de 1820, 1830 y 1848, promovidas por organizaciones secretas de carácter supranacional, había rasgos del cosmopolitismo kantiano y del universalismo democrático de Condorcet, pero adaptadas a la nueva realidad nacional,

que encontraría su máximo exponente a partir de 1830 en la teoría de las naciones de Mazzini. La nación fue percibida progresivamente como el medio para alcanzar un nuevo orden político europeo que superara el Antiguo Régimen, además de como el intermediario entre el individuo y la humanidad. Así, la nación aparecía como el lugar en el que el individuo obtenía su libertad y se realizaba. En cierta forma, la nacionalidad se desvinculaba del nacionalismo, y se vinculaba a la democracia universal. Pero mientras que el cosmopolitismo ilustrado, con Kant a la cabeza, creía que un sistema internacional de paz justo y duradero no podía ser obtenido por la fuerza, los revolucionarios aceptaban que la violencia podía ser necesaria para la obtención de la libertad y la paz. Consideraban que, dadas las circunstancias, la revolución era justa y legítima, y confiaban en el voluntarismo, en el sacrificio, en la lucha y en la educación del pueblo⁴.

Los discursos internacionalistas revolucionarios y contrarrevolucionarios se combinaron para crear identidades políticas a nivel continental. De esta manera, el miedo a las transformaciones sociales y políticas creó una solidaridad internacional entre las fuerzas del Antiguo Régimen que como reacción llevó a construir una identidad política y simbólica entre los liberales de la primera mitad del siglo XIX⁵. Como ha señalado Irene Castells “esta solidaridad no era una simple retórica, sino un componente esencial del liberalismo de la época. La colaboración en la formación de planes conjuntos para organizar movimientos simultáneos en varios países fue una constante en la trayectoria conspirativa”⁶. No se puede menospreciar la potencia de la utopía del movimiento de liberación internacional —la existencia de un irresistible progreso humano que se impondrá universalmente sobre los obstáculos de las fuerzas del Antiguo Régimen y la contrarrevolución— que se formó a raíz de las revoluciones estadounidense y francesa, se expandió durante el imperio napoleónico, y cristalizó en las organizaciones liberales y republicanas, en las sociedades secretas, en los movimientos revolucionarios europeos de las primeras décadas del siglo XIX, en la formación de las repúblicas hispanoamericanas, en las revoluciones paneuropeas de 1830 y 1848, y en los movimientos protonacionalistas con fuertes contactos de solidaridad internacional característicos del periodo. En todas estas dimensiones

⁴ Nadia URBINATI, “The Legacy of Kant. Giuseppe Mazzini’s cosmopolitanism of nations”, en C. A. Bayly y Eugenio Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism, 1830-1920*, Oxford University Press / The British Academy, 2008, pp. 11-35.

⁵ Christophe CHARLE, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2001, p. 83.

⁶ Irene CASTELLS, *La utopía insurreccional del liberalismo*, p. 16.

participaron exiliados de numerosos países, que se pusieron en contacto entre ellos y con simpatizantes de otras nacionalidades formando amplias redes internacionales, compartiendo experiencias y frustraciones, elaborando intelectualmente una causa que entendían como común, e imaginando un futuro cercano transformado en el que la causa de cada nación era una causa universal. Como Sabine Freitag ha comentado “[i]f it is true that a common revolutionary culture existed, which maintained political convictions beyond national borders and interests, political exile is the place where this spectrum of shared political and social beliefs and common political experiences can best be examined”⁷.

Una vez lanzados al exilio, sobre todo a partir de 1821-1823, los contactos personales entre liberales se hicieron más comunes, y el encuentro de exiliados de diferentes nacionalidades en los centros de refugiados (España, Francia, Inglaterra y Bélgica, principalmente, pero también Estados Unidos y las nacientes repúblicas hispanoamericanas) contribuyó no solo a propiciar transferencia políticas, económicas o culturales, sino a forjar una identidad común acerca de la civilización occidental moderna. Se desarrollaron redes internacionales a través de las cuales se divulgó el liberalismo. En buena medida, la modernidad liberal fue recreada en el exilio, lugar de encuentro de la represión y la persecución política contrarrevolucionaria⁸.

En la lucha de dimensiones universales percibida por liberales y reaccionarios, España constituía un frente esencial, primero como cuna de la constitución de 1812, luego como único poder continental constitucional durante el Trienio y más tarde como víctima más notoria de la contrarrevolución. La causa liberal española, y sus exiliados, encontraron la simpatía de numerosos sectores de la sociedad europea. Cuando en febrero de 1816 el jefe de la diplomacia británica Lord Castlereagh quiso convencer al gobierno español de que abandonase la represión a la que estaba sometiendo a los liberales, muchos de los cuales se habían exiliado en Gran Bretaña, lo hizo afirmando que esta era “la opinión general no solo de esta Nación sino de toda la Europa”. Poco después se organizó en Londres una subscripción “en favor de los Españoles que no

⁷ Sabine FREITAG, “Introduction“, en FREITAG, *Exiles from European revolutions*, p. 1.

⁸ Al respecto CHARLE, ha planteado la hipótesis, “a vérifier par des recherches ultérieures, que ces migrations —et les transferts culturels qui les accompagnent —sont l’une des médiations essentielles pour l’émergence d’une conscience sociale plus globale des intellectuels, intermédiaire entre le cosmopolitisme élitiste du siècle des Lumières et les nouvelles représentations collectives de la fin du siècle, plus enracinées dans chaque tradition politique”, *Les intellectuels en Europe au XIX^e siècle*, p. 124.

pueden volver a su patria”⁹. Durante el Trienio la opinión pública liberal internacional celebró la instalación de un régimen constitucional en España y apoyó al gobierno frente a la amenaza de intervención contrarrevolucionaria. España se convirtió durante el Trienio en refugio de liberales de varios países europeos, principalmente italianos y franceses. Pero los escasos años en los que estuvo vigente el sistema constitucional antes de su destrucción, implicaron que la imagen de España en el exterior no fuera la de receptora de emigrados, sino la de emisora de exiliados políticos.

De la misma manera, durante la Restauración muchos franceses se vieron obligados a exiliarse por sus convicciones bonapartistas —o bien por su incapacidad para adaptarse a la nueva situación— o por su participación en las conspiraciones fracasadas llevadas a cabo contra la monarquía de Luis XVIII. Ante la reacción ultra producida en Francia tras el asesinato del Duque de Berry en 1820 los sectores opositores —que incluían a bonapartistas, liberales, republicanos y monárquicos descontentos— se radicalizaron, y se dispararon los enfrentamientos callejeros entre ultrarrealistas y jóvenes estudiantes radicales. La policía francesa estaba obsesionada con la amenaza revolucionaria, especialmente la que suponía la carbonería —introducida poco antes desde Italia por dos exiliados franceses— y estaba segura de que existían contactos entre liberales españoles y franceses con objetivos insurreccionales. La amenaza española era tomada muy en serio por las autoridades francesas, inquietadas por el precedente que constituía el éxito del pronunciamiento de los oficiales liberales del ejército español. Temían que los conspiradores franceses intentaran reproducir el modelo español, ya que los informes que manejaba la policía francesa subrayaban que los conspiradores estaban centrando su actividad en movilizar a militares descontentos, algo que se confirmaría cuando las insurrecciones francesas fueran casi siempre llevadas a cabo en ambientes castrenses. Una parte de la oposición en las Cámaras abandonó la vía política y terminó por lanzarse a la estrategia insurreccional, adoptando el modelo de pronunciamiento. Llevaron a cabo una sucesión de acciones, todas fracasadas, en las que se combinaba la participación de sectores civiles y militares organizados a través de sociedades secretas: la conspiración del Bazar de agosto de 1820 (concebida por la *Union* y la logia de los *Amis de la Vérité*) que reunía a estudiantes republicanos y a militares descontentos; la conspiración en Saumur en

⁹ Archivo General de Simancas, Estado, 8177. Fernán Núñez a Ceballos, Londres, 16 de febrero de 1816; Ceballos a Fernán Núñez, Madrid, 4 de marzo de 1816.

diciembre de 1821, planeada por los *Chevaliers de la Liberté*, liderada por el general Berton y probablemente en conexión con la fallida insurrección que en esos mismos días se llevó a cabo en Belfort, en el otro extremo del país, organizada por la comunería, y de carácter republicano; y los más célebres cuatro sargentos de La Rochelle, que fueron ejecutados en septiembre de 1822 por su conexión con la comunería parisina en un episodio de gran resonancia pública¹⁰.

La participación en estas conspiraciones de liberales destacados, algunos de ellos diputados y otros de alta graduación militar, como Lafayette, Foy, Demarçay, Benjamin Constant, Kératry, Koechlin, Manuel, Dupont de l'Eure o Voyer d'Argenson llevó a la policía a lanzar teorías conspirativas de gran aceptación entre la opinión pública monárquica, en las que afirmaban la existencia de un centro coordinador conocido como el *comité directeur*, al que se debía la organización de toda la actividad insurreccional en Francia, y que mantenía contactos con revolucionarios extranjeros, especialmente españoles e italianos, dando forma a una gran conspiración contra la religión y la monarquía extendida por toda Europa¹¹.

Pero el fracaso de las insurrecciones provocó que muchos de sus participantes salieran hacia el exilio, concentrándose en Inglaterra y la España del Trienio, donde, tras la intervención austriaca en 1821 contra los regímenes constitucionales formados en Nápoles y Piamonte siguiendo el impulso de la revolución española, habían llegado miles de napolitanos y piamonteses¹². El 28 de septiembre de 1820 las Cortes habían aprobado la ley de asilo, que establecía que España era un “asilo inviolable para las personas y propiedades de toda clase pertenecientes a extranjeros (...) con tal que respeten la Constitución política de la Monarquía y demás leyes que gobiernan a los súbditos de ella”, y que además prohibía que el gobierno entregara a refugiados “perseguidos por (...) opiniones políticas”¹³. España se convirtió entonces en el foco del

¹⁰ Alan B. SPITZER, *Old hatreds and Young Hopes. The French Carbonari against the Bourbon Restoration*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971, pp.119-128; Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Las conspiraciones liberales en Francia (1815-1823)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1972. Sylvia NEELY, *Lafayette and the liberal ideal, 1814-1824. Politics and Conspiracy in an Age of Reaction*, Carbondale y Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1991.

¹¹ Laurent NAGY, “Les hommes d’action du parti libéral français et les révolutions européennes”, Jean-Yves MOLLIER, Martine REID y Jean-Claude YON (dirs.), *Repenser la Restauration*, París, Nouveau Monde Éditions, 2005,

¹² A. BISTARELLI, “Vivere il moto spagnolo. Gli esiliati italiani in Catalogna durante il Triennio Liberale” (I) y (II) *Trienio* n° 32 y 33 (1998 y 1999); M. MORÁN ORTÍ, “La cuestión de los refugiados extranjeros. Política española en el Trienio Liberal”, *Hispania*, XLIX, 173, 1989.

¹³ *Colección de los decretos y órdenes generales de la primera legislatura de las Cortes ordinarias de 1820 y 1821, desde 6 de julio hasta 9 de noviembre de 1820*, p. 152.

liberalismo internacional y, para las fuerzas represoras contrarrevolucionarias, en el núcleo central de la gran conspiración internacional. Según la declaración de un refugiado piamontés en Madrid en diciembre de 1821 “il y a dans ce moment autant d'accord que d'activité parmi les Carbonari, les libéraux, les radicaux et les Communeros”¹⁴, y las autoridades francesas estaban obsesionadas por la presencia de agentes constitucionales españoles en Francia¹⁵.

Era cierto que existían varias sociedades secretas por toda Europa —algunas muy extendidas, como la masonería, y otras como la carbonería sin duda revolucionarias— y que entre sus objetivos se encontraban la propagación de ideales emancipadores por todo el continente. Por ejemplo, la sociedad francesa *Ordre du soleil*, fundada por el exiliado en España Cugnet de Montarlot, proponía la creación de una “Légion de la Liberté Européenne [qui] établie dans les quatre partis de l'Europe, lie les nations à leur liberté, et à leur indépendance réciproque: elle est un gouvernement ambulante toujours en garde contre le despotisme, et la tyrannie d'un gouvernement quelconque; contre la trahison ou le crime de lèse-nation. C'est ce qu'on appelle la Sainte-Alliance des peuples”¹⁶. El líder de la revolución napolitana Giuglelmo Pepe fundó en Madrid durante su exilio en España una sociedad llamada *Hermanos constitucionales de Europa*, a través de la que pretendía renovar “that want of union which had been experienced amongst the most noted patriots of Spain, Naples, Portugal and Piedmont”. Su proyecto, finalmente malogrado, aspiraba a poner en contacto a través de esta sociedad a los liberales de todas las naciones europeas, pues planeaba también que se instalara en Gran Bretaña, Francia y Alemania¹⁷.

Pero también es cierto que la sucesión de conspiraciones y levantamientos liberales y republicanos que se dieron en Francia, Inglaterra, Rusia, España, Italia y Portugal pueden ser entendidos dentro del marco interno de cada país, a pesar de que en su ideario figuraran efectivamente ideales cosmopolitas y universalistas. En cualquier caso, la obsesión de los gobernantes de la Restauración las agrupó en un único movimiento revolucionario organizado. La opinión pública ultra y la policía de las potencias reaccionaras se encontraban obsesionadas con las conspiraciones de las

¹⁴ Archives Nationales de France (ANF) F⁷ 6642, 41/13. Espagne. Reinsegniments divers f. 583

¹⁵ Por ejemplo, ANF F⁷ 11981, f. 396. Alcalde de Burdeos al ministro del Interior, 25 de febrero de 1823.

¹⁶ Estatutos de *l'Ordre du soleil*, citado por NAGY, “Les hommes d'action du parti libéral français et les révolutions européennes”, p. 47.

¹⁷ *Memoirs of general Pèpè, comprising the principal military and political events of modern Italy, written by himself*, vol. 3, Londres, Richard Bentley, 1846, p. 211.

organizaciones secretas, que en muchas ocasiones eran manipuladas por espías y *agents provocateurs*. Se dieron numerosos casos de levantamientos abortados, lo que da una idea del número de personas involucradas en estas redes conspirativas, y que el descontento con la monarquía era alto, pues a pesar de los fracasos seguían creyendo posible que se pudiera producir un levantamiento general. Aunque no conviene magnificar su importancia, las organizaciones secretas fueron instrumentales para la propagación del movimiento revolucionario, especialmente en Italia, Francia y España, y sirvieron también para poner en contacto a revolucionarios de diferentes nacionalidades. Los contactos entre revolucionarios de esos países aumentarían y se prolongarían precisamente gracias a la política represora de la Restauración que obligó al exilio a muchos de ellos. En realidad, la represión y los temores de los poderes de la Restauración multiplicaron los efectos de la conspiración revolucionaria. Dieron vida a la conspiración universal.

A finales de 1822, tras el Congreso de Verona, las potencias continentales decidieron la intervención francesa en España. La opinión pública liberal internacional se opuso con fuerza a ella. Los liberales franceses convirtieron el asunto en la cuestión política más importante del momento, dividiendo a la sociedad¹⁸. Los enfrentamientos entre *royalistes* y *libéraux* tuvieron lugar en las tribunas públicas de la Cámara de los Diputados y en la prensa, pero también en los cafés, los cabarets y las calles¹⁹. En Gran Bretaña se dio también una dura oposición parlamentaria y en la prensa a la política de no intervención del gobierno *Tory*, y algunos voluntarios llegaron a trasladarse a España²⁰. Los exiliados franceses e italianos que residían en España —y que habían participado ya en la guerra civil contra las partidas realistas levantadas en el norte del país— se enfrentaron con las tropas invasoras francesas, organizándose en una legión liberal extranjera autorizada por las cortes²¹.

¹⁸ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis y las relaciones franco-españolas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1981; Jean-René AYMES, “La opinión francesa hostil a la intervención de 1823”, en *Intervención exterior y crisis del Antiguo Régimen en España*, Huelva, 2000, pp. 217-237.

¹⁹ ANF F⁷ 11981, f. 771. Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

²⁰ N. COSORES, “England and the Spanish Revolution of 1820-1823”, en *Trienio*, n° 9, 1987, pp. 39-131; Christiana BRENNECKE, “Internacionalismo liberal, romanticismo y sed de aventuras. La oposición inglesa y la causa de España en los años veinte del s. XIX”, en *Según Congrès Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol. 1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002,

²¹ M. MORÁN ORTÍ, “Los emigrados italianos de 1821 en la guerra carlista de Cataluña”, en *Itálica. Cuadernos de la Escuela Española de Historia y Arqueología*, n° 18, 1990; Walter BRUYÈRE-OSTELLS, *La grande armée de la liberté*, París, Tallandier, 2009.

Pero tras la caída del régimen constitucional español en 1823 se produjo el gran éxodo liberal, que incluía tanto a españoles como a liberales de otras nacionalidades. Estos exiliados encontraron en sus países de refugio, especialmente Gran Bretaña, el apoyo de los sectores que se habían opuesto a la restauración fernandina y a las intervenciones francesas y austriacas, que se articularon a través de comités, suscripciones de socorro, colaboraciones en empresas comunes, y apoyos personales. En Londres la formación de comités españoles e italianos se realizó en paralelo a la creación de comités de apoyo a los griegos en su guerra de independencia del imperio otomano, mientras el filohelenismo se extendía por toda Europa. En Gran Bretaña, estos comités compartían a muchos de los mismos miembros. Veamos de forma rápida un ejemplo. Entre los dirigentes del Comité Español se distinguían conocidas figuras políticas, algunos de ellos notorios diputados, como John Cam Hobhouse (amigo íntimo de Lord Byron y uno de los más comprometidos partidarios de la independencia griega) y el diputado radical Sir Francis Burdett. También había activistas filohelénicos como el coronel Leicester Stanhope y John Bowring, que había residido en España, colaborado con liberales españoles y franceses y fundado en Madrid la primera sociedad filohelénica europea, y que desde marzo de 1823 era el secretario del *London Greek Committee*. De este comité también eran miembros prominentes figuras públicas de tendencias liberales como los mencionados Hobhouse y Burdett, así como Jeremy Bentham, Henry Brougham, Joseph Hume, David Ricardo, Lord Russell, o Sir Robert Wilson, todos ellos activos defensores del liberalismo español desde 1814.

Además de la colaboración en estos comités o de la participación en las suscripciones que se formaron para apoyar diversas causas liberales internacionales, también se compartieron proyectos políticos, educativos, literarios, editoriales, económicos y comerciales. En Gran Bretaña hubo un concierto de motivaciones políticas, económicas, culturales, literarias, científicas, y educativas en la formación de esas redes con una clara primacía de la iniciativa privada civil, ya que el Estado y el gobierno siempre fueron por detrás, por motivos políticos y diplomáticos. Fueron de los mismos círculos de personas de donde salieron los hombres que se alistaron para combatir junto a los independentistas americanos o contra los otomanos en Grecia o los franceses en España. Fueron los comerciantes y banqueros privados los que presionaron para que se reconociera a los países latinoamericanos con los que estaban de hecho haciendo negocios –o habían suscrito los empréstitos que sus gobiernos habían emitido

en el mercado londinense— porque necesitaban el reconocimiento tanto para dotar de estabilidad a esos gobiernos, como para obtener apoyo consular oficial para sus empresas. De estos intereses salieron los inversores que participaron en compañías mineras formadas en Gran Bretaña para la explotación directa de las riquezas americanas, los organizadores de expediciones científicas a América, los promotores de proyectos educativos (como la Universidad de Londres, o el método lancasteriano), los editores de libros, periódicos y reproducciones artísticas que combinaban estrategias comerciales para aprovechar la oportunidad de unos mercados sin explotar con una no siempre explícita simpatía política (el caso más notorio fue el de Rudolf Ackermann)²².

Gran Bretaña fue el principal país de acogida de exiliados durante la década de 1820, aunque Francia tuvo un papel creciente. Miles de españoles e italianos estuvieron en Francia durante estos años, aunque era bastante común que cruzaran el canal de La Mancha²³. El ciclo revolucionario iniciado en Francia en 1830 tuvo importantes consecuencias para la geografía del exilio. Tras la revolución de 1830, Francia ganó peso como refugio liberal, y miles de exiliados que hasta entonces habían estado en otros lugares, se trasladaron allí. Los liberales más avanzados, como Lafayette, junto a los republicanos, consideraban que Francia debía implicarse en la obtención de reformas profundas en los países de su entorno. La revolución iniciada en París se extendió por Europa, donde muchos liberales, especialmente polacos y belgas, pero también algunos italianos y españoles consideraban a Francia como el modelo a seguir, reforzando el

²² Sobre el exilio español en Gran Bretaña: Vicente LLORENS, *Liberales y románticos. Una emigración en Inglaterra (1823-1834)*, Valencia, Castalia, 1968; María Teresa BERRUEZO LEÓN, *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra (1800-1830)*, Madrid, Cultura Hispánica, 1989; Manuel MORENO ALONSO, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840*, Madrid, Congreso de los Diputados, 1997. Sobre las empresas editoriales: Eugenia ROLDÁN VERA, *The British book trade and Spanish American independence: education and knowledge transmission in transcontinental perspective*, Aldershot, Ashgate, 2003. Sobre las inversiones financieras: Frank Griffith DAWSON *The First Latin America Debt Crisis. The City of London and the 1822-25 Loan Bubble*, Yale University Press, 1990; Sobre los exiliados italianos: Margaret C. W. WICKS, *The Italian Exiles in London, 1816-1848*, Manchester University Press, 1937; Maurizio ISABELLA, “Italian Exiles and British Politics before and after 1848”, en FREITAG, *Exiles from European revolutions*, pp. 59-87. Sobre el filohelenismo y sus relaciones con el liberalismo internacional: William St CLAIR, *That Greece Might Still Be Free. The Philhellenes in the war of independence*, Cambridge, Open Book, 2008 (nueva edición); David BREWER, *The Flame of Freedom. The Greek War of Independence*, John Murray, Londres, 2001; Denys BARAU, *La Cause des Grecs. Une histoire du mouvement philhellène (1821-1829)*, París, Honoré Champion, 2009; F. ROSEN, *Bentham, Byron and Greece. Constitutionalism, Nationalism and Early Liberal Political Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1992.

²³ Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio. La emigración política en Francia en la crisis del Antiguo Régimen*, Madrid, Rialp, 1975; Luis BARBASTRO GIL, “La emigración liberal a Francia: españoles en París (1823-1834) en *Según Congrès Recerques. Enfrontaments civils: postguerres i reconstruccions*, vol.1, Lleida, Associació Recerques, Pagès, 2002, pp. 441-458.

papel de liderazgo que los propios franceses se otorgaban a sí mismos. La idea de que Francia tenía una misión de liderazgo revolucionario para liberar a los pueblos de Europa retomó fuerza, aunque no tardarían en surgir reacciones frente a esta aspiración hegemónica francesa, en la forma de movimientos que subrayaban su carácter nacional, especialmente en Italia. La proclamación de la independencia belga junto a las noticias del levantamiento polaco y de las insurrecciones italianas —iniciativas muy apreciadas por los radicales franceses por haberse inspirado en el ejemplo francés— despertaron el entusiasmo de los patriotas franceses, especialmente en París. La *Société des Amis du Peuple* formó una batallón para luchar junto a los revolucionarios belgas²⁴. Asimismo, es probable que carbonaros franceses inspiraran el levantamiento de Varsovia de noviembre de 1830 con el objetivo de paralizar la respuesta que Rusia se disponía a dar contra la revolución belga, aunque esta conexión no está comprobada y la insurrección polaca llevara tiempo preparándose antes del comienzo de la revolución francesa. En cualquier caso la acción de sociedades secretas polacas había sido esencial en la preparación del levantamiento, y una sociedad patriótica, que admiraba a los decembristas rusos, había reunido en los años anteriores a muchos de los conspiradores que lideraron la insurrección²⁵.

Pero la inacción del nuevo gobierno francés fue interpretada como una traición a los valores de la revolución de julio y, especialmente tras el abandono de la causa polaca, la popularidad de Luis Felipe continuó extinguiéndose entre los sectores radicales. La política exterior del gobierno de Lafitte se basó en el principio de no-intervención, lo que en la práctica significaba dejar vía libre a la intervención rusa y austriaca en Polonia y la península italiana respectivamente. El descontento ante esta tibia política pacifista cundió entre los mismos sectores que servían de apoyo al ministerio liberal, lo que llevó finalmente a éste a la dimisión entre violentas manifestaciones callejeras de apoyo a los polacos, en las que participaron también los refugiados españoles y franceses que se encontraban en París.

La represión de los movimientos revolucionarios europeos lanzó al exilio a miles de liberales. Una nueva oleada de refugiados políticos polacos e italianos llegó a Francia, uniéndose a los que ya residían allí. A pesar de la simpatía que podía haber por

²⁴ CARON, “La Société des Amis du Peuple”, p. 174.

²⁵ WANDY CZ, *The Lands of Partitioned Poland*, p. 105, 109. Adam ZAMOYSKI, *Holy Madness. Romantics, Patriots and Revolutionaries, 1776-1871*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999, pp. 269-279.

las causas liberales extranjeras, en Francia no se había dado durante los años anteriores un movimiento solidario de recepción de los exiliados españoles e italianos similar al británico²⁶. Sin embargo, en la Francia de la monarquía orleanista sí se desarrolló una notable solidaridad desde la sociedad civil con los refugiados que empezaron a llegar al país tras las revoluciones de 1830. La causa polaca revestía un especial atractivo. Organizaciones como la *Société des Amis du Peuple* crearon comités de apoyo a los insurrectos polacos, celebraron banquetes en su honor y abrieron suscripciones públicas para apoyar a los refugiados cuando empezaron a llegar a Francia²⁷. Hubo casos de solidaridad en los que la causa polaca y la española se combinaron, como el banquete celebrado en Châtellerault en agosto de 1833 en honor de los refugiados de ambas nacionalidades, incluyendo una lista de suscripción, y en el que se dieron gritos como “A bas les Bourbons!” y se cantó la *Marsellesa*²⁸.

Aunque dispusieron ayudas para los refugiados, las autoridades de la monarquía de Luis Felipe recelaban de las actividades de estos individuos con inquietudes políticas y dudosos medios de vida, que amenazaban con desestabilizar la naciente monarquía orleanista y con comprometer sus relaciones con las potencias europeas. Decidieron llevar a cabo una política que, aunque no fue abiertamente represiva, sí pretendió limitar las actividades de estos refugiados para que no atentaran contra el orden público. El resultado último de esta progresiva actitud interventora fue el internamiento de gran parte de ellos —todos los que no tenían recursos y dependían de las ayudas gubernamentales— en depósitos de refugiados repartidos por toda la geografía francesa, y el diseño de ardides para conseguir la salida del país del mayor número posible de ellos.

Tras las revoluciones de 1830 se consolidaron regímenes liberales moderados en Francia y Bélgica, mientras que en 1832 se aprobaba la *Reform Act* en Gran Bretaña. Quedaban así afianzados unos modelos liberales en los que el objetivo del justo medio

²⁶ Sí se vivió en cambio en el seno de la sociedad francesa una moda española, a la que contribuyeron los españoles exiliados, y que alcanzó la literatura, el teatro, la música y la ropa: SÁNCHEZ MANTERO, *Liberales en el exilio*, p. 118. Jean-René AYMES, *La crise de l'Ancien Régime et l'avènement du libéralisme en Espagne (1808-1833). Essai d'histoire politico-culturelle*, París, Ellipses, 2005, p. 183.

²⁷ Mark BROWN, “The Comité Franco-Polonais and the French reaction to the Polish uprising of November 1830”, *English Historical Review*, XCIII (369), 1978, pp. 774-793; Jean-Claude CARON, “La Société des Amis du Peuple”, en *Romantisme*, nº 28-29, 1980, pp. 169-179; M. KUKIEL, *Czartoryski and European Unit, 1770-1861*, Princeton, Princeton University Press, 1955; ZAMOYSKI, *Holy Madness*, p. 282.

²⁸ ANF, Série BB Ministère de la Justice, BB¹⁸ Correspondance Générale de la Division Criminale, BB¹⁸ 1218 A⁷ 9536.

de los doctrinarios se establecía como condición para combinar progreso con orden, aceptando las limitaciones del sistema representativo censitario y minimizando los efectos negativos del desarrollo industrial y del mercado libre. Las divisiones se agrandaron entre liberales moderados que aceptaban estos regímenes en sus países, o que aspiraban a erigir gobiernos similares en los que aún no los tenían, y los grupos más radicales de republicanos que se escoraban hacia posiciones democráticas y socialistas. El movimiento conspirativo no desapareció, sino que continuó siendo una de las bases de la construcción del *Risorgimento* italiano y del republicanismo francés, aunque las experiencias pasadas y las nuevas circunstancias hicieron que las estrategias y programas de las sociedades secretas del primer tercio del XIX, especialmente la carbonería, fueran abandonadas. El cosmopolitismo anterior evolucionó hacia un internacionalismo romántico basado en un concepto de nación más intenso y elaborado, y que ponía énfasis en la fraternidad de los pueblos.

A través de sus dimensiones transnacionales, el exilio contribuyó a generar dinámicas que tuvieron una gran relevancia para los procesos de nacionalización de ciertos estados. La región que más exiliados generó en el siglo XIX fue Italia, lo cual tendría repercusiones en la formación de su cultura nacional. El conspirador italiano refugiado en el extranjero se convirtió en la figura romántica italiana paradigmática, al tiempo que el mito del exilio liberal fue clave en el proceso de construcción de la identidad patriótica italiana del *Risorgimento*. A través de la literatura, las memorias y las obras históricas de exiliados como Pepe, Pecchio, Beolchi, o Arrivabene, se fue creando un vínculo entre el patriotismo y el exilio en la mente de los italianos²⁹. Asimismo, el gran exilio polaco (*Wielka Emigracja*) que siguió a la represión de 1831 también afianzó el sentido de nacionalidad. Alrededor de 100.000 militares polacos fueron obligados a incorporarse al ejército ruso en el Cáucaso, y unos 80.000 civiles fueron deportados, muchos de ellos a Siberia. Además, unos 10.000 polacos, el núcleo de la intelectualidad, abandonaron el país huyendo de las medidas represivas, exiliándose principalmente en Francia e Inglaterra. La producción literaria y cultural de los exiliados polacos durante las décadas centrales del siglo XIX, en un ambiente

²⁹ Maurizio ISABELLA: "Exile and Nationalism: the case of the Italian Risorgimento", *European History Quarterly*, Vol. 36, nº 4, 2006, pp. 493-520,

dominado por el romanticismo, produjo importantes mitos nacionales³⁰. De la misma forma, aunque a la inversa, la recepción de un gran número de exiliados en Gran Bretaña y Francia fue decisiva para que en sus respectivas sociedades se difundiera la imagen de que constituían asilos de libertad, reforzando así la idea de que se encontraban a la cabeza del progreso mundial, uno de los componentes principales de su proceso de construcción de identidad nacional.

3 La retorica del interés internacional

Los exiliados, como opositores políticos, necesitaban proveerse de un lenguaje en el que expresar sus descontentos y sus aspiraciones. La experiencia de vivir en el extranjero tuvo que contribuir a dotarles de ciertos argumentos (o fortalecer o moldear los que ya tenían) que era necesario que estuvieran articulados de tal forma que fueran entendidos, también, por los extranjeros entre los que se encontraban, de los que en parte esos argumentos eran tomados, y que con su apoyo contribuían a reforzar. Este lenguaje contribuía a construir una ideología liberal-republicana internacional de oposición a la monarquía absoluta característica de la Restauración³¹.

Las necesidades de la política interna, marcada por la imposibilidad de llegar a un triunfo definitivo de cualquiera de los dos bandos enfrentados o a situaciones de acuerdo entre ellos, impulsaron a los contendientes a acudir a la arena del interés internacional, colaborando así a dar consistencia a las elaboraciones teóricas que se habían venido haciendo desde la Ilustración y la revolución francesa en torno al cosmopolitismo y la civilización europea, adaptadas por los pensadores de la Restauración también a un mundo tradicionalista.

³⁰ DAVIES, *God's Playground*, p. 331; Piotr S. WANDYDZ, *The Lands of Partitioned Poland 1795-1918*, Seattle, University of Washington Press, 1984, pp. 117-122; Daniel BEAUVOIS, *La Pologne: histoire, société, culture*, Paris, La Martinière, 2004, pp. 206-248.

³¹ En esta perspectiva se puede apreciar que existe un importante interés con respecto a temas y metodologías afines a la obra de Quentin Skinner. En primer lugar, el análisis del lenguaje y la retórica, es decir, de cómo los individuos –tanto los exiliados como los que están en contacto con ellos– se justificaban a sí mismos retóricamente al dirigirse a sus contemporáneos con el objetivo de convencerlos o movilizarlos en una dirección determinada, y cómo esta retórica fue fundamental para la construcción de un discurso liberal internacionalista/europeísta (y también uno contrarrevolucionario). En segundo lugar, la reconstrucción del contexto en el que estos discursos se produjeron, así como el del lenguaje empleado (por ejemplo, la difusión y aceptación de la identidad de *liberal*). Por último, la importancia dada a la aportación de autores no canónicos, aunque sin olvidar a importantes teóricos del liberalismo y del tradicionalismo, por que su relación con el exilio y los exiliados fue importante.

La identidad internacional liberal-republicana tenía fuertes componentes civilizatorios. El encuentro de los exiliados en el extranjero contribuyó a afianzar entre ellos la creencia en una civilización común europea. Se incluía en una disputa fundamental acerca del concepto de civilización, identificado bien con el progreso, bien con la tradición, y que había enfrentado desde el siglo XVIII a ilustrados y contrarrevolucionarios. Unos y otros veían Europa como la cuna de la civilización, y se disputaban establecer su auténtico carácter. Se enfrentaba una Europa de los pueblos, de las naciones libres, frente a la Europa anterior de elites conectadas por códigos de comportamiento, etiqueta de corte y de ceremonia diplomática, aunque los pensadores de la Restauración habían actualizado su propuesta al mundo posrevolucionario. Los liberales ofrecían una alternativa pero no discutían la comunidad de intereses del espacio europeo establecida por el sistema de congresos reaccionario. Mientras que el proyecto contrarrevolucionario veía en la religión cristiana y en la autoridad monárquica las señas de identidad de la civilización europea³², los liberales erigieron una alternativa basada en principios como la soberanía nacional, la representación política, las libertades individuales, el progreso científico y, en ocasiones, la tolerancia religiosa. Pero ambos compartían el mismo principio de relaciones internacionales: lo que ocurría en una parte del sistema influía en el resto, y actuaban en consecuencia, ya fuera a través de revoluciones con intenciones proselitistas, o a través de intervenciones para acabar con la *peste* revolucionaria y evitar su contagio.

La lucha por estos principios era entendida como una tarea común a todas las naciones, y los sentimientos de solidaridad entre las causas de los diferentes países europeos llevaban a que se percibieran los progresos internos de un país como síntoma del avance de la posición liberal europea, aunque casi siempre existiera una tendencia por parte de los liberales a otorgar a su propio país el liderazgo del movimiento internacional. Se fue extendiendo la creencia en la existencia de una opinión pública europea liberal que avanzaba en todo el continente, y que estaba asimismo relacionada con la experiencia republicana norteamericana. El respetadísimo radical inglés John Cartwright publicó justo antes de morir en 1824 una obra cuyos protagonistas eran unos

³² Jacques GODECHOT, *La contre-révolution. Doctrine et action, 1789-1804*, París, PUF, 1961; Jacques DROZ, “La filosofía de la Restauración”, en su *Europa: Restauración y Revolución, 1815-1848*, Madrid, Siglo XXI, 1993 [1967], pp. 3-12; Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, EDICUSA, 1971. Un oficial francés del ejército que invadió España en 1823 afirmaba que “la guerre que nous allions faire nous semblait, dans une siècle de civilization, une nouvelle croisade contre de nouveaux impies”, citado por Rafael SÁNCHEZ MANTERO, *Los Cien Mil Hijos de San Luis*, p. 95.

exiliados europeos en Gran Bretaña que discutían sobre asuntos políticos, poniendo de relevancia sus intereses cosmopolitas y la importancia que otorgaban a la formación de un movimiento liberal europeo, y también americano, que luchara por “la libertad universal”³³.

Los argumentos que usaban los liberales incidían en la idea de que la libertad o era de todos las naciones o no era de ninguna. Para obtener una meta nacional apelaban al interés internacional y a la fraternidad entre los pueblos. Este era el argumento que los conspiradores franceses que querían levantar el ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis que se disponía a invadir España empleaban: “réunissez-vous à tous vos frères les Espagnols qui veulent la liberté, et la liberté en France sera impérissable”³⁴. En una de sus primeras reuniones en 1823, poco después de la invasión francesa que acabó con el sistema constitucional, el Comité Español londinense aseguraba que actuaba para proteger “the universal right and common interest of all Mankind to enjoy that self-government that constitutes Freedom”. En uno de los puntos de la resolución adoptada en la reunión del comité se afirmaba: “That the war now made in Spain by the king of France, for the avowed purpose of depriving the Spanish People of the sacred right of self-government, is an unprincipled and atrocious violation of the Freedom, not only of the Spanish People, but of the whole community of Mankind”³⁵. Edward Blaquiére, en el prólogo a la obra sobre las revoluciones española y portuguesa que el conde italiano Pecchio —que había estado en la Península durante el periodo constitucional— publicó en Londres en 1823, afirmaba que “the preservation of European freedom, and the stability of British power, depend on the stand which the Peninsula and Greece shall make against the HOLY ALLIANCE”³⁶.

Tras la revolución de 1830 las esperanzas se renovaron por toda Europa. En la retórica de los exiliados de todos los países el ejemplo de los revolucionarios franceses y belgas debía ser seguido. Los progresos de una nación debían interpretarse como ejemplo y como acicate para las demás. En octubre *El Precursor* —periódico que algunos exiliados españoles, con Andrés Borrego a la cabeza, editaban en París, y que se introducía clandestinamente en España— esperaba “que el doble ejemplo de la

³³ John CARTWRIGHT, *Diálogo político entre un italiano, un español, un francés, un alemán, y un inglés. Escrito en este último idioma por Juan Cartwright, y traducido del mismo al español por un apasionado suyo*, Londres, en la imprenta de R. Taylor, Shoe-lane, 1825, p. v.

³⁴ ANF F⁷ 11981, f. 771. Informe semanal del prefecto del Ródano desde Lyon, 1 de febrero de 1823.

³⁵ British Library, MSS 36460, f. 195.

³⁶ Edward Blaquiére, “Introduction”, p. v; en Conde Pecchio, *Anecdotes of the Spanish and Portuguese Revolutions* (Londres: Whittaker, 1823).

Francia y de la Bélgica, y el que pronto les daremos los Españoles, unido al reconocimiento del principio de no intervención, permita a los patriotas italianos luchar con ventaja contra el yugo austriaco”³⁷. Este mismo periódico apelaba al honor de los españoles para no quedarse atrás en la carrera hacia la modernidad liberal: “Españoles: hasta cuando viviréis encorvados bajo el yugo ignominioso que os oprime! Hasta cuando sufriréis la desdeñosa compasión con que os mira la culta Europa! (...) Cuando todos los pueblos marchan en masa a plantar el estandarte de la libertad sobre el trono del antiguo despotismo ¿vosotros solos os quedareis un siglo atrás? Vosotros solos permaneceréis humillados bajo una degradante esclavitud? (...) ¿Cómo es que no inflaman vuestra emulación los triunfos recientes de la Francia y de la Bélgica (...)”³⁸. Las proclamas lanzadas por los exiliados españoles que desde 1830 invadieron España desde la frontera francesa insistían en apelar a la posición que España necesitaba adoptar entre las naciones modernas y civilizadas europeas. La del general Manuel Gurrea afirmaba que su objetivo era “ver a la España ocupar otra vez el rango que le corresponde entre las demás de Europa, libertándola del odioso papel que hoy representa”.

La propagación de nuevo de movimientos de solidaridad internacional, y la llegada de decenas de miles de nuevos exiliados, profundizó en el empleo de argumentaciones retóricas que apelaban a un interés común continental. Uno de los sectores más activos fue el de los exiliados polacos, especialmente en Francia y Gran Bretaña. El Comité Nacional Polaco instalado en París celebraba “que les hommes de cœur et d’âme, que les hommes dévoués au culte de la liberté et de la civilisation comprirent la tâche immense, dont les Polonais se sont chargée”. Defraudada de nuevo la causa liberal internacional por la política oficial, recaía sobre la sociedad civil la tarea de reconstruir la solidaridad internacional: “tandis que la diplomatie montait ses machinations pour nous perdre, les Comités Polonais se formaient en Europe, pour prouvez qu’il existe une sympathie réelle entre les amis de la liberté, et que son triomphe est immanquable des que les peuples seront appelés à une lutte générale”³⁹.

Asimismo, el exilio de los oponentes de la revolución fue central para el desarrollo del tradicionalismo europeo, que consideraba su proyecto reaccionario a un

³⁷ *El Precursor*, n° 6, París, 17 de Octubre de 1830, p. 2

³⁸ *El Precursor*, n° 6, París, 17 de Octubre de 1830, p. 3 “Voto de un liberal”

³⁹ Comité Nacional Polaco a Odilon Barrot, París, 22 de diciembre de 1831. ANF, AP 271, 4. Papeles de Odillon Barrot. Barrot era uno de los líderes de la revolución de julio y miembro del comité francés de asistencia a los polacos, y también activo en la ayuda a los exiliados liberales españoles.

nivel global. Se puede decir que llegó a formarse una “internacional blanca” contrarrevolucionaria en Europa, que conectaba a carlistas españoles, miguelistas portugueses, ultras franceses y legitimistas italianos, entre otros⁴⁰. La “Proclamation du général Quesada à l’armée royaliste et aux habitants de la Biscaye”, reproducida en el diario de Burdeos *La Ruche d’Aquitaine*, el 14 de marzo de 1823, es representativa de este discurso reaccionario del exilio que incidía en oponer al internacionalismo liberal un internacionalismo contrarrevolucionario. En ella el general ultrarrealista español Vicente Quesada, refugiado en Francia durante el Trienio constitucional, afirmaba: “En Europe il n’y a plus que deux nations : l’une composée d’impies, qui, sous le vain prétexte de la liberté, aspirent à renverser les autels et les trônes, afin de bouleverser l’ordre social ; l’autre composée d’hommes religieux et loyaux, amis et défenseurs de leurs princes légitimes. La première conspire en société secrète la destruction de tout ce qu’il y a de sacré dans l’univers ; et l’autre est représentée par la sainte Alliance, dont les princes magnanimes proclament à haute voix les principes conservateurs de l’ordre”.

No es que los intereses nacionales se subordinaran a un interés común internacional considerado superior, sino que las argumentaciones realizadas para obtener los apoyos necesarios para imponerse en el conflicto entre revolución y contrarrevolución –que en el exilio encontraba su más dramática dimensión— evocaban y recurrían a un común interés europeo o civilizatorio, tanto en el campo liberal como en el de las monarquías restauradas. Es más, se producía una mágica conjunción de intereses privados (nacionales) y generales (internacionales). El exiliado español en Londres Antonio Alcalá Galiano afirmaba en la lección inaugural que dio en la recientemente creada Universidad de Londres que “Cosmopolitism can no longer be censured as pretending to supersede our natural, domestic, and patriotic affections by a vague love for the generality of the human kind, since it has been found that the private and the general interest are almost always the same”⁴¹.

En definitiva, tanto por sus repercusiones nacionales como internacionales, el exilio fue un elemento definitorio de una época, la primera mitad del siglo XIX, de intenso enfrentamiento político por decidir la configuración de la sociedad en

⁴⁰ Jordi CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 11, 71-72.

⁴¹ *An introductory lecture delivered by A A Galiano on Saturday, November 15, 1828*, by Don Antonio Alcalá Galiano, Professor of the Spanish Language and Literature. Londres, printed for John Taylor, Bookseller and Publisher to the University of London, 30, Upper Gower Street, 1828.

Occidente. El exilio en la Europa de la Restauración fue un fenómeno extendido, consecuencia de la dura confrontación política propia de un momento revolucionario general, y coincidió por esta misma razón con el momento de recreación de numerosos estados naciones, tanto en Europa como en América. El exilio era un recordatorio de que las realidades del estado-nación también existían, pues suponía el alejamiento de un determinado territorio que era percibido como la patria, pero era también el lugar de encuentro entre liberales –y en menor medida de reaccionarios— de todas las naciones. El exilio provocado por la Restauración fue un hecho histórico que intervino en la formación de una determinada visión del mundo a principios del siglo XIX y de unas determinadas identidades políticas. No es posible asegurar que sin el fenómeno del exilio la historia del siglo XIX hubiera seguido otros caminos, pero desde luego, la visión de los contemporáneos de esos acontecimientos y de sí mismos habría sido de alguna forma diferente.